

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

HUESCA..... 2 ptas. trimestre.

FUERA..... Idem

No se devuelven originales

LA CONCORDIA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

COSO BAJO, 9 Y 11

HORAS DE DESPACHO

DE 10 A 1 DE LA MAÑANA Y DE 8 A 10 DE LA NOCHE

La correspondencia al Director

ÓRGANO DE LA CONCENTRACIÓN REPUBLICANA ALTO-ARAGONESA

NUESTRO RENDIMIENTO

¡12 de Octubre! ¡Hermosa fecha! El genio de un hombre completo la obra de Dios. Moisés en el Sinaí traza las líneas de un mundo moral: Colón ante San Salvador entrevé la silueta de la América hermosa, gigantesca en sus montañas que besan los cielos; en sus ríos anchurosos y rápidos; en sus selvas intrincadas cual madejas sin guía nacidas de un suelo admirablemente fecundo; en su atmósfera ardorosa; en sus pájaros bellísimos, que llevan en la pluma el rojo de un sol canicular y el verde de las ondas de los mares; en su conjunto subime donde se hermana la luz y el calor, el fuego venido de arriba y la humedad paliativa exhalada de las aguas claras y límpidas y en sus hombres que nacidos en la libertad salvaje han de convertirse, por virtud del progreso, a la libertad educada y cultísima.

¡12 de Octubre! Fecha hermosa, en la cual, dos continentes se abrazan; fecha sacrosanta en que revive España recordando grandezas pasadas; fecha gloriosa grabada en la más inmortal página de nuestra historia rica en sublimidades.

Rendimos LA CONCORDIA ante el acontecimiento extraordinario y nos felicitamos, nosotros amantes de la patria sobre todo, de aparecer festejando recuerdo tan trascendental.

Aragón tiene gran parte en el descubrimiento. La justicia de la historia investiga a diario hechos y causas y en tal investigación, vamos ganando terreno y van nuestros detractores reconociendo la influencia aragonesa en la obra de Colón.

Nosotros, que venimos sobre todo, a emprender empeños de regionalismo, en lo que toca a la vida literaria, científica, de intereses materiales y aun políticos de este Aragón maravilloso, hemos solicitado, de distinguidos escritores, su concurso para conmemorar el descubrimiento de América. Muchos han respondido galantemente a la invitación, y por causas ajenas a su voluntad, otros no han podido atender a la súplica, asociándose, sin embargo, gustosos a este pensamiento de regeneración aragonesa, y prometándonos para lo sucesivo su colaboración y su apoyo.

Entre éstos, figuran el ilustre barón de Mora, campeón insigne de las leyes aragonesas; don Marcelino Isábal, el jurisconsulto eminente, el republicano intachable, el escritor correctísimo y acertado y D. Desiderio de la Escosura, el orador de arrogancias bellísimas y arrebatadoras.

LA CONCORDIA agradece a todos su amabilidad y no promete enmienda en el pedir, porque ha de solicitar la ayuda de los hijos ilustres de Aragón, sin pararse en sus opiniones políticas, cuantas veces entienda necesario alzar la voz para defender conveniencias regionales.

No queremos hoy hablar de política. Por un día callemos lo que nos empuja en obsequio a lo que nos agranda.

¡Oremos hoy ante el altar de la patria! ¡Mañana lucharemos en el campo triste de las realidades mezquinas!

¡Honra a Colón! ¡Gloria a España! ¡Amor y auxilio a nuestra tierra aragonesa!

LA REDACCIÓN.

El ilustre Castelar, nuestro eminentísimo hombre de letras, ha puesto, en los trabajos del Centenario, sello hermosísimo, que será eternamente joya valiosa del genio español.

¡Colón dibujado por Castelar!

¡Para qué ensalzamientos inútiles del libro maravilloso surgido de la pluma de oro de nuestro gran escritor?

Basta y sobra copiar la descripción de la isla de Cuba, tal y como Colón la vió, según Castelar, descripción entresacada de un artículo publicado por nuestro colega madrileño *El Liberal*, para formar idea cabal y completa, de que las páginas trazadas por el autor de *Revolución Religiosa*, son maravilla de inspiración y de elocuencia.

He aquí su descripción:

«HALLAZGO DE CUBA POR COLÓN»

De la «Historia del descubrimiento de América,»

por Emilio Castelar

Por fin, el 18 de Octubre (1492), después de haber navegado en derredor de la Fernandina cuanto le pidió el gusto, surgió a tiempo que no era de bogar ya, y en amaneciendo, izó las velas y zarpó de allí. Con efecto; encontró la isla que le decían los indios llena de oro, y no se cumplieron los decires. Alguno que otro pedacillo le llevaron; pero tan diminuto que no valía la pena. Y sin embargo, cuanto más aumentaban las burlas del impaciente deseo por los ejemplos de la triste realidad, menos de sus afirmaciones los indios desistían, empujados en decir que imperaba por allí un potentado riquísimo, el cual se parecía en llevar traje a los españoles y sobre tal traje un verdadero tesoro. Dos noches Colón estuvo aguardando a que apareciera con su vestido el monarca, y le trajese, ó bien oro de nativa pureza, ó bien cualquier cosa de substancia; pero solamente vió indios desnudos, de igual especie y familia que los otros ya encontrados en su camino, con pintarrajos blancos y eucarnados y prietos, iguales todos arreo, exceptuando algunos, los cuales traían pedacitos de oro en la nariz, «mas es tan poco, dice Colón, que no es nada». El sentido más regalado en esta exploración de la Isabela, fué sin duda el olfato. Parecía un pomo la isla entera de aromas embriagadores al descubridor. Mil especierías exhalaban esencias por allí, cuando el olor aromaba en todas direcciones lenguas y más lenguas, hinchando el aire. Así maneras increíbles de árboles, esencias nunca olidas antes, frutas de un sabor especial aparecían por doquier, encantando la vista y regalando el olfato, sin que tuviera medio alguno de calificarlas por sus cualidades, ni ponerlas adecuado nombre, ni clasificarlas con lógica, ni definir las con exactitud, falto de nociones científicas previas en que apoyar sus observación y estudio, por todo lo cual sentía el acerbísima pena, expresada en ayes y quejas de una intensa elocuencia, cuyos ecos todavía nos conmueven, agrandados por la distancia en el tiempo y por la magnitud de una empresa que se agiganta con la dilatación de los espacios. Ni el Salvador, ni la Concepción, ni la Fernandina, ni la Isabela, ni otro ningún islote de los encontrados en aquella travesía y recorridos en sabia circunvalación, correpondieron al fantasma de Cipango, dibujado por las historias medievales en la retina y en la idea de Colón, como un paraíso de varia flora, y como un tesoro donde podían cogerse a manos llenas ricos metales y brillante pedrería. Así, después de haber navegado por espacios tantos, sin haber obtenido el oro tan buscado, no era, en sentir del piloto, cosa de razón calar allí, deteniéndose y holgándose, sino seguir sin reposo, hasta topar con tierra de mayor provecho, como aquella Cuba, cuyo nombre se oía en todas las brisas, porque vibraba en todos los labios.

Una de las dificultades mayores encontradas por el descubridor, consistía en la ignorancia del idioma usado por cada tribu en cada sitio. El mismo dice que lo deducía todo de las señas vistas, en la imposibilidad completa de alcanzar y entender las palabras oídas. Así tomaba el nombre bolio por ciudad, cuando significaba un albergue cualquiera; y el nombre naca lo trabucaba por el grande Kan, que traía en mientes, cuando significaba en medio; y traducía babeque por imperio, sin pensar, en su ignorancia, pudiese decir otra cosa cualquiera. Pero sigamos. A media noche del 24 de Octubre levó anclas de la Isabela y se dirigió a la isla que llamaban Cuba los naturales, y que llamaba él, según sus confusas naciones y sus fantásticos mapas, isla de Cipango. Llovió toda la noche con violencia y ventó con estruendo. Al amanecer calmaron lluvia y ventarrón.

La brisa dulce y suave llegó tras el viento fuerte y Colón abrió el velamen de la carabela mayor a sus besos amorosísimos. Maestra, bonetas, trinquete, cebadera, mesana, vela de gavia, todas las que el buque llevaba, como el mismo dice, y por popa el batel. Así navegó con suma felicidad hasta el anochecer. Y anochecido ventaba recio, por lo cual, no sabiendo cuánto camino le faltaba de segu-

ro a la isla, y receloso de requirirla y demandarla en plena noche, a causa de lo muy manchado del mar aquel por bancos de arena y por arrecifes de roquedo, entre los cuales podría no surgir salvo; necesitadísimo de conocer todas las aguas a vista de ojo, amainó velas y se detuvo, como le diera Dios a entender, hasta la dulce aurora.

No anduvo así esta noche dos leguas. El día 25 navegó desde la salida del sol hasta las nueve y así andaría cinco leguas; y mudado entonces el camino al Oeste, anduvieron ocho millas por hora. Y a las once de aquella mañana columbraron tierra, compuesta por unas ocho islas. Y llamolas islas de las Arenas, por los muchos arenales que se veían de todos lados y por el poco fondo que mostraban hacia la parte meridional. El 27 de Octubre por la mañana, se dirigió ya en demanda cierta de Cuba; y llegada la noche, estuvo al reparo so la mucha lluvia que cayera. Y el 28 entró en río muy hermoso y muy sin peligro de bajos y otros inconvenientes; y toda la costa, que recorrió por allí, era hondísima, pero limpia. Llegó así a un río, cuya broca tenía doce brazas; «nunca tan hermosa cosa vido, de árboles toda cercado el río, ferveosos y verdes y diversos de los nuestros, con frutos y con flores, cada uno a su manera.» Estaba, pues, Colón en Cuba.

El horizonte tropical inundado por intenso éter; el Atlántico entre azul celeste y opalado rosáceo como una gigante madre perla; los arrecifes áureos esmaltados de conchas y nácares; los cayos cubiertos de plantas acuáticas animadas por infinitos infusorios; las bocas del río ceñidas con cañas bravas y bambúes flotando a guisa de macetones ó florestas móviles; allá, en lo lejos, montañas esmaltadas por un lila y un púrpura cuyos tonos semejaban a condensaciones de luz; el follaje tan intrincado, que parecía un muro impenetrable de verdura, y tan pintado que parecía paleta de indecibles matices todos gayos como sólidos iris; aquellas familias de insectos comparables a rubies y a esmeraldas y a zafiros, y a turquesas y a óbolos con alas; el voluble movimiento de las mariposas, en cuyas voladoras membranas parecían haberse la gualda y las murices y los añiles y todas las reverberaciones del prisma esmerado para que semejasen ramilletes aéreos: las hierbas de mil formas variadas con ornamentos de flores, las cuales deslumbraban los ojos con sus pétalos y enloquecían el cerebro con sus fuertes é intensísimos aromas; el tejido espeso de lianas ó enredaderas, que se tendían como alfombras pérsicas por el suelo, y como charles asiáticos de un árbol a otro árbol por las alturas; el revoloteo de los pájaros moscas y de los papagayos y de los colibríes con sus plumajes más brillantes que sederías de Catay; los sisones ó ruiseñores en coro, acompañados del chirrido de las cigarras, que no suenan jamás, ni unos ni otras, en estos climas nuestros por otoño é invierno, y que allí se oían por los meses de Octubre y Noviembre; los plátanos de hojas tan amplias y de urdimbre tan fuerte, como verdes mantos de ricos terciopelos, con sus frutas encorvadas y amarillas; los palmerales de cocoteros que salían del agua y llegaban al cielo; aquellos helechos arbóreos al ingreso de las vírgenes selvas inaccesibles que formaban por arriba como una bóveda impenetrable a los rayos solares, y por abajo como un océano de vegetación donde latían abismos henchidos de vapores semejantes a gasas de nubes indecisas; los maizales de un verdor tan claro, cargados de panojas que semejan torzales de brillo y cabelleras de indecible finura; los palos campeches con sus pintorescos jugos y los guanábanos y los chirimoyos de regaladas frutas; los cactus con las estaturas del cedro y los caobos y los ébanos de tan sólidas tablas; las galegas medicinales con su estriado tronco; el diluvio de hojas innumerables, las erupciones volcánicas de seres animados, la fragancia, de olores transcendentales a distancias inmensas, las urdimbres de fibras entrelazadas como una increíble madeja; el fragor de una sinfonia compuesta con el concierto de las olas hirvientes y los ramajes casi estallando a los excesos de su savia; el conjunto aquel, increíble por su exuberancia, debió conmover al viejo piloto del antiguo mundo, casi exhausto, cual conmoviera el paraíso sin males al Adán bíblico sin pecado en el momento de levantarse al soplo divino para recoger en sus venas los primeros misteriosos efluvios de la vida universal.

Cuando queráis entender cómo Cuba conmovió a Colón, dejáos de los escritores que han querido encerrar esta conmoción en frases, lejanas del sitio y del momento y del descubridor, consultadlo a él mismo en su propio *Diario*. Publicado está en muchas partes y sabido es por muchas gentes: leedlo un minuto, y a ser posible, leedlo en su original español, que, transmutado por el tiempo y por las copias, aún guarda los primeros afectos del descubridor. Nos hemos antes dolido del escueto relato llegado hasta nosotros del primer encuentro con la isla llamada de San Salvador. Hemos dicho cómo no comprendíamos aquellas líneas de cronista monástico y escribano de ración para

historiarnos el momento más extraordinario y solemne de la historia, el que cierra una edad y abre otra en la naturaleza material y en el humano espíritu. Pero llegado Colón a Cuba, no se contiene ya su ánimo, no se reserva su estilo, no se limita su admiración, estallando sus ideas en fulguraciones como las que agitan a un poeta inspirado cuando le posee la fiebre de su creación y también sus afectos en una especie de lírica hipnosis como la que posee a los místicos cuando se anegan en Dios. No puede ciertamente compararse con la descripción del Paraíso en Milton y con las descripciones del Océano en Camoens la descripción colombina de Cuba por su forma; pero tiene sencilla ingenuidad que raya en lo sublime, por carecer de todo aparato y toda hipérbole, realizándose a la consideración de que fuera quien lo trazara el mismo descubridor, mártir de su propia grandeza, consumido por el fuego de las grandes creaciones, el ilumina con sus resplandores a los demás y devora con sus llamas al infeliz que lo lleva en sí mismo.

Siempre que Colón ha querido encarecer los territorios encontrados en sus viajes, hálos puesto junto a los recuerdos que despertaban en él así los hermosos campos de Andalucía como los más severos de Castilla. Ni una sola vez recuerda su Italia. No obstante haber nacido Colón y criado por las deslumbradoras playas ligures, nunca recuerda ni los valles deleitosos, ni las montañas celestes, ni los mares de blancas espumas recamados, ni las riberas de mármoles, ni las arenas áureas besadas por aquellas ondas, en las cuales palpitan y laten las sirenas. Pero a Cuba la compara con una tierra de Cuba muy semejante, con aquella Sicilia que representa una gran parte del teatro antiguo, donde pasan los divinos actos de la mitología helena. Su posición entre Italia y Grecia, sus mares tan diáfanos y luminosos, sus cielos tan azules, sus escollos tan lucientes, las hendiduras de sus valles donde crecen adelfas y mirtos tan propicios a las divinidades antiguas; el Etna, que brama y fulgura, encendiendo aquellos espacios con sus reverberaciones y fecundando aquellas tierras pedregosas con sus lavas; todos estos contrastes de su naturaleza y todas estas manifestaciones de su vida le dieron el prodigioso atractivo, al cual debía la singular elección hecha por la fábula de su extraño suelo que ofrece teatro apropiado a los divinos dramas y a las divinas escenas del Olimpo helénico. Por eso representa Sicilia en la entrada del viejo mundo histórico lo pasado, mientras Cuba en la entrada del nuevo mundo americano representaba lo porvenir. Pero en Cuba la naturaleza le divierte un tanto de su atención al hombre. La desembocadura de los ríos en el Océano; la superficie de aquéllos, cubierta por los pétalos llovidos de tantas flores como la fastonan en sus orillas y de tantos árboles como entrelazan sus ramajes para sombrearla muy alegremente; las palmas diversas de las de Guinea y de las nuestras; las hojas muy gigantes que cobijan sus cabañas muy pequeñas; la hierba grande como en Andalucía por los meses de Abril y de Mayo; las verdolagas muchas y los bledos; las montañas muy hermosas aunque no son muy grandes en longura, salvo tres; las copiosas corrientes fluviales bautizadas con los nombres de mar y luna; las aves y pardalejos de tan diversos colores; el canto de los grillos, cual aquí en verano; las peñas altas como la conocida con el nombre de los enamorados en Andalucía, con otras sobrepuestas, y parecidas de lejos, en lo armoniosas y relucientes, a una grande aljama; las arboledas fresquitas y odoríferas; las especias y demás plantas y frutas aromáticas; los tubérculos farináceos semejantes a mamas y con el gusto de las frutas del castaño; los faxones muy pintados y las fabas muy sabrosas; lo copiosísimo del algodón, que no siembran y crece por los montes a su guisa todo el año, pues vió los cogujos abiertos y las flores al par, todo en un solo arbusto; las almácigas, muy superiores a las recolectadas en el archipiélago heleno tan fecundo en esta materia; el inacabable cinaloe; los panizos y los tabacos; las sangrias hechas a los árboles para extraerles resinas y gomas; todo cuanto hería sus sentidos, le transportaba en un entusiasmo, que seguramente hubiera sido mucho más intenso y mucho más profundo si presintiera las levaduras de vida nueva y más alta que traía con sus descubrimientos a la vida general humana y las riquezas muy superiores al oro que lanzaba en el comercio y en el cambio universal.

EMILIO CASTELAR.

JUSTICIA A TODOS

«Comprendo a Colón, pero no a los que le siguieron.» Esto dijo, en cierta ocasión, un orador; y aunque en el fondo de ese pensamiento hay amargo dejo de escepticismo, y hasta un desconocimiento de la hermosura de la naturaleza humana, hay también una cierta enseñanza que, hoy más que nunca, conviene poner en claro. Celebramos la grandeza de Colón, que fué en efecto extraordinaria y casi nos olvidamos de los pobres marinos de Palos, sus heroicos compañeros, y a quienes, en buena parte, se debe el logro de aquella empresa, punto menos que sobrehumana. Esta manera de juzgar es injusta y, por lo tanto, falsa. Ninguna obra de trascendencia en la vida, es verdaderamente individual. El afán, y al mismo tiempo, la pereza con que el espíritu busca, en todo, la unidad, ha sido causa primera, a mi juicio, de que la

historia se reduzca, hasta ahora, a las ideas, y a los hechos de unos cuantos hombres. No procedían así los antiguos, más amantes y conocedores en este punto que nosotros de la dignidad humana. En la *Ilíada* la grandeza sin igual de Aquiles no oscurece, en nada la de Héctor y la de los otros héroes, iguales a ambos, ni la de los pueblos que se encontraron junto a las murallas de Troya. Justo, justísimo es el enaltecimiento del nombre de Colón, que tendrá siempre en ese vasto continente de América el pedestal inmovible de su gloria; pero si a él corresponde con razón, y en primer término, el mérito debido a su estudio, a su talento, a su carácter y aun a su genio, no desconozcamos el que toca a sus predecesores (que también los tuvo,) y sobre todo el que es debido a aquellos pobres y oscuros marinos que sin conocer el Océano, se lanzaron a él, y lo atravesaron, y llegaron a un nuevo continente, gracias a un conjunto de nobles y altas cualidades que por siempre serán patrimonio excelso de nuestro pueblo y título de gloria de la naturaleza humana.

JOSÉ FERNANDO GONZÁLEZ.

Un muerto festejando a otros muertos

El Centenario de Colón y de su excelso apostolado de descubridores, me suena a entierro de gloria. Nos dejaron primera potencia colonial, y aquella solemnidad nos encuentra siendo la última. Las colonias inglesas son 95 veces más extensas que Inglaterra; las colonias holandesas, 45 veces más extensas que Holanda; las colonias portuguesas, 20 veces más extensas que Portugal, cuatro veces más extensas que España; las colonias francesas, cinco veces más extensas que Francia; las colonias españolas no suman ni una vez siquiera la extensión de España. Tenemos menos colonias que Inglaterra, menos que Holanda, menos que Francia, menos que Alemania, menos que Portugal. España no se ha cuidado de adquirir ninguna en tierra firme, no obstante habersele brindado para ello las más propicias coyunturas, así en África (Guinea superior, ensenada de Biafra, golfo de Adén) como en Asia (Tonkín). Todas sus colonias son insulares, y aun de las islas no posee las más extensas, como Madagascar, Borneo, Sumatra, Nueva Guinea y Nueva Zelanda, y antes bien, lo que en una de ellas, Borneo, poseía, lejos de ensancharlo, como pudo, hasta crear un robusto imperio, lo renunció incautamente en 1876. Con lo que gastó en el centenario de Calderón, habría podido adquirir muy holgadamente en el África ecuatorial una superficie de tierras fertilísimas doble que la de España, y salvar las posesiones portuguesas del África austral, que medían cuatro veces el área de la Península, entre las desembocaduras del Zaire, del Cuenene, del Limpopo y del Rovuma, y presentarse en el Centenario de Colón como una de tantas potencias vivas que había colaborado en la gran empresa de exploración del continente negro, que tomaba activa parte en la formación de la historia contemporánea y se preparaba a comunicar su sangre y su espíritu a nuevas nacionalidades, sucesora digna de aquella raza de semi-dioses del Renacimiento. Lejos de eso, asistimos a aquella solemnidad cargada de títulos los más afrentosos: la llave del mar Mindoro, Borneo, cedida gratuitamente a Inglaterra, y en poder de comerciantes ingleses y de inmigrantes chinos las Filipinas; la soberanía sobre las Carolinas orientales, abdicada; el camino estratégico de Oriente por el mar Rojo, en dominio de otros, cerrado a nuestras naves en ocasión de guerra; el puerto de Santa Cruz de Mar Pequeña por España en el papel y el puerto de Tarfaya por Inglaterra en la realidad, al costado de las Canarias; Argel y Túnez a la obediencia de Francia; Marruecos, más lejos de España que de Londres y Berlín; el Tonkín francés, Camarones alemán, el Congo belga, Egipto inglés, Masana italiano; el África portuguesa hipotecada o secuestrada por Inglaterra; expulsada nuestra bandera irremediablemente y para siempre de la ensenada de Biafra y de todo el continente africano, esta última reserva para los futuros descubrimientos étnicos de las razas europeas; el Reino Unido dilatándose por Venezuela y América central, y los Estados Unidos por territorio de Méjico, como dos manchas de aceite... Con tal hoja de servicios personales, el hidalgo linajudo se habría avergonzado de desempolvar los pergaminos heredados y ostentar las glorias de sus mayores. Pero nosotros somos de otra pasta. El popular adagio «dejemos padres y abuelos y por nosotros seamos buenos» nos pareció sátira y la tradujimos al revés: así hemos podido hacer desfilar sin sonrojarnos, por delante de Europa, congregada en la rada de Huelva, eso que si para la España histórica es un timbre de gloria para nosotros es un testimonio de incapacidad. Y consiste en que perdimos hace largos años nuestra orientación en el mundo y quedamos como fuera

del tiempo. Todos los días tráenos el telégrafo los ecos regocijados de la campana de la Rábida marcando los diversos momentos de aquella epopeya gigante obrada por los españoles del Renacimiento; mas ¡ay! esos repiques resuenan en mis oídos, avivados por la pena, como el lúgubre tañido de la campana de Velilla anunciando la muerte de una nacionalidad.

¿No habrá quién la resucite? Será hado que Europa haya de celebrar dentro de cien años, junto con el Centenario de Colón, el centenario de España?

JOAQUÍN COSTA.

EN EL CENTENARIO DE COLÓN

Al conmemorar, después de cuatro centurias, el más glorioso hecho de la historia y que tanta enseñanza entraña, dediquemos un recuerdo sagrado a todos los mártires del Progreso, y en especial a los distinguidos descubridores y a los grandes inventores que, dando alas al impulso humano, han servido para acelerar la marcha de la civilización.

Si en Colón se simbolizan el arranque del genio, la virtud de la perseverancia y el valor para resistir las burlas y el martirio; los laureles a él dedicados, el tributo de reconocimiento que hoy se manifiesta en espléndidos festejos, y las muestras de sublime admiración hacia el héroe del hecho histórico conmemorado; extiéndense a cuantos en mayor o menor escala, en una u otra esfera, han llevado su piedra al monumento del Progreso.

Envíamoles, pues, en esta conmemoración, el testimonio de la más profunda gratitud al significarle al descubridor de América.

ANTONIO TORRES-SOLANOT.

Colón, el inmortal, descubrió entre la bruma del Océano, un mundo espléndido, abriendo amplios horizontes a la ciencia y ensanchando la tierra conocida...

Hoy, al conmemorarse el grandioso acontecimiento histórico, puede su recuerdo lograr una nueva hermosa conquista: la de ganar muchos corazones para la democracia y hacer que se estrechen las manos, al través de los verdes mares, la vieja España y las florecientes y prósperas Repúblicas americanas.

Si la fraternidad latina no recogiese ningún fruto de las fiestas del Centenario, habrían sido una estéril apoteosis más.—Cosa hueca...

DARÍO PÉREZ.

..

¡Colón! ¡Isabel la Católica! ¡El pendón castellano redimiendo el suelo innoto por la cruz que lo coronaba y por el laurel que lo ceñía!

La gloria es absorbente, centralizadora, quizás injusta. Le basta una personalidad, un símbolo para la apoteosis, y sacrifica el pedestal para mayor enaltecimiento de la estatua.

Ni Colón solo, ni Isabel la Católica sin Fernando, ni Castilla sin Aragón, León y Asturias; ni el guardián de la Rábida sin los Santangel, los Cabrero, los Quintanilla, los Deza.

El cuarto Centenario del descubrimiento de América sería menos grande si no fuera tan justo: es la hora de dar a cada uno la hoja de laurel que ganó en la empresa más grande entre las humanas.

Aragón ha pedido lo que era suyo. El P. Mir, mallorquín, Balaguer, catalán, el general D. Mario de La Sala, aragonés por adopción, el ilustre barón de Mora, Jardiel, Ibarra, otros, han defendido la causa de los aragoneses, de aquel gran rey que tuvo la desgracia de pasar a la historia en crónicas narradas por bocas castellanas.

Honor al genio de Colón, sí, pero justicia para el genio español que puso la vida, la honra y la hacienda en el descubrimiento.

En el monumento a los descubridores de América, Colón debiera estar cobijado por la figura de la nación española. Al postrarse ante el trono español, que era la patria, el genio eligió su puesto.

RAFAEL CASTRO.

ORGULLO PATERNAL

«Si hay en la historia un acontecimiento digno de ser festejado solemnemente por la humanidad entera,—ha escrito no há mucho tiempo el eminente profesor de Leipzig, Rodolfo Cronau,—fuera está de toda duda que es el descubrimiento de América por Cristóbal Colón.»

Si hay algún pueblo,—pudo añadir el docto historiador—con indiscutible derecho á presidir esos festejos de la humanidad entera, es el pueblo aragonés.

¡Qué metamorfosis tan asombrosa la producida en los pobladores del mundo por el feliz éxito de los estudios de Colón. Cuántos millones de hombres traídos, merced á la ciencia y á la fe del intrépido navegante, á la vida en una civilización más perfecta con todos los esplendores del progreso que esa misma civilización fomenta!

Jamás los ejecutores de una acción benéfica lograron resultados más fructíferos ni obtuvieron más espléndida recompensa que los pueblos europeos reciben de los americanos, sumidos hace cuatro siglos en salvaje estado ó en raquíticas civilizaciones y hoy emporio de cultura.

De Europa á América partieron hace cuatrocientos años las auras del progreso: de América á Europa vinieron luego corrientes de libertad que rejuvenecieron á pueblos iniciados ya en la decrepitud, y llegan cada día inventos y perfecciones que asombran, aun en esta época en la que, por completo que aparezca cualquiera de aquellos, se piensa ya antes de aplicarlo, en su mejoramiento.

Los placeres del tiempo, los júbilos del éxito, las dichas de un mejor estado, más que los que por sí mismos los alcanzan, gozaronlos siempre sus padres: que es el cariño paterno semillero de abnegación que prescinde de lo propio, y solo siente alegría por la felicidad del hijo, como únicamente por la: penas de este llora.

Ahora bien; de Aragón es hija América. Lo es porque hasta en dominio aragonés nació Colón, según modernos estudios de los que ha sido campeón en España un ilustre patricio de nuestra región, el señor Barón de Mora, á cuya respetable opinión se inclina en erudito artículo que hoy mismo he leído, la de crítico tan distinguido como el Sr. D. Víctor Balaguer; lo es porque de Aragón recibió Colón los principales auxilios para su empresa; lo es porque aunque una crítica apasionada háyase obstinado en atribuir exclusivamente la gloria de la protección oficial á una hembra ilustre cuyos méritos no trató de amenguar, quien serenamente estudia la cuestión no ha de desconocer que sin el animoso empeño de D. Fernando de Aragón, Colón no hubiera emprendido su peligroso viaje; lo es, en fin, porque si el carácter del padre se refleja en del hijo, el espíritu liberal de las naciones americanas indica que han recibido esta savia aragonesa.

Con paternal orgullo, pues, cuando la humanidad entera conmemora la portentosa empresa de Colón, podremos exclamar los aragoneses:

¡Llor al ilustre navegante!

¡Llor á la libre América que en cuatro siglos ha atesorado tantas glorias que causa ya la admiración de Europa!

GALO PONTE.

Zaragoza, 12 de Octubre de 1892.

¿Y QUÉ?

Nuevo mundo halló Colón y la España áureo asiento merced al desprendimiento del tesoro de Aragón.

España está conmovida por entusiasmo sincero y de aquel que dió el dinero España entera se olvida!

Ni el derecho reclamamos, ni nuestro puesto pedimos: ¿nos llamaron? acudimos: ¿nos olvidan? pues callamos.

Ni el más pobre monumento recuerda tan noble hazaña, y no reconoce España nuestro gran desprendimiento.

No nos importa. En rigor por nosotros llegó á ver Colón espacio mayor Cumplimos nuestro deber; ¡esa es la estatua mejor!

RAFAEL LUCAS MARTÍNEZ.

Justa, justísima, y muy merecida la brillante *apoteosis* del inmortal Colón que España hace en estos momentos al cumplirse el cuarto Centenario del suceso más grande y más trascendental que registra la historia del mundo.

Quien, como Colón, sintiendo arder en su mente la llama de la idea inflamada por los destellos del genio y en su corazón el fuego de la fe alimentado por el oxígeno de la esperanza y en su conciencia la luz de la verdad encendida por la ciencia, tiene que mendigar favor en todas partes y, pobre, sólo, desconocido y despreciado hasta en su patria, puestas la confianza en Dios y la vista en el Océano, después de sufrir humillaciones y desprecios sin cuento, sin otra ambición que la del éxito ni más recursos que los debidos á la abnegación de una Reina magnánima que empeña sus joyas para prestárselos, se lanza sobre débil carabela á las encrespadas olas del mar y sondea sus abismos en busca de lo desconocido, resiste impávido durante interminable travesía la hostilidad y el furor de sus compañeros caídos en la desesperación y llega, por fin, á la meta de sus deseos, arrancando media humanidad á la barbarie, ganándola para Dios y para la civilización, y descubriendo un nuevo mundo que lega á la Nación que le prestara auxilio en su empresa y que más tarde, con notoria ingratitud, había de traerle, desde el mismo hemisferio por él descubierto, cargado de cadenas como un criminal, á morir en la oscuridad y en la miseria, bien merece una hoja de laurel en su cabeza, una lágrima en su tumba, una página de oro en la historia, un recuerdo indeleble en el corazón de todos los españoles, un asiento en el templo de la inmortalidad.

Justo, muy justo también, que España se ufane y se envanezca hoy y siempre de haber sido el pueblo que comprendiendo á Colón y tendiéndole una mano protectora, supo, en bien de la humanidad, contestar con un *más allá* al arrogante *non plus ultra* esculpido sobre las columnas de Hércules.

Pero no es cuerdo entregarse por completo al entusiasmo delirante que desborda ahora en toda España traducido en festejos y regocijos públicos.

Yo, al menos, aun á riesgo de ser nota discordante, no participo de la alegría general ni puedo sustraerme al sentimiento de tristeza, á la amargura y la pesadumbre que me produce la conmemoración del descubrimiento de América.

¿Qué nos queda hoy de ella?

El recuerdo de haberla poseído, la vergüenza de no haberla sabido conservar, y un pedazo de terreno empapado en nuestra sangre vertida á raudales para contener propósitos de emancipación y pujos de independencia suscitados por una política irracional y depresiva; por una administración detestable, por el agio y el esquilmó allí imperantes.

¡Ah! los españoles somos incorregibles y no es el descubrimiento de América lo que menos ha influido en nuestro carácter peculiar y en nuestra progresiva decadencia.

Pueblo eminentemente guerrero, porque trescientos años antes de Jesucristo, apenas formado por confusa y heterogénea mezcla de Iberos, Celtíberos, Fenicios, Griegos, Focenses y Rodios, empieza á luchar contra los Cartagineses acaudillado por *Orison*, régulo de los *Vectones*, para seguir después luchando, durante diez y ocho siglos consecutivos, ya en *Atlea*, *Arbucala* y *Elmántica*, ya en Sagunto ó en Numancia, ya á los órdenes de Indibil y Mandonio, de Viriato, de Sertorio ó de los Cantabros, hasta realizar la sublime epopeya de la reconquista con la toma de Granada y la expulsión de los árabes á quienes había combatido sin tregua ni descanso siete siglos seguidos, el pueblo español era, cuando el descubrimiento de América, un pueblo de soldados acostumbrados á no pensar en otra cosa que en la conquista, á vivir solamente del botín, y á entregarse á los placeres de la holganza y del vicio en las treguas del combate.

Dueño de América y, con ella de los ricos é inexplotables tesoros que encerraba en sus senos; dueño, también, del estrecho de Gibraltar y del Mediterráneo por la posesión de las Islas Baleares, de Sicilia, de Cerdeña y otras, así como por la conquista de Orán, de Mozalquivir de Bugía y Trípoli y de otros puntos de la costa de Africa, siéndole fácil la conquista de Portugal aprovechando la derrota sufrida en *Toro* por Alfonso V y la abdicación de éste; con dominio indiscutible é incontrarrestable en el Océano Atlántico, pudo, prevaleciéndose de su posición topográfica que le hacía independiente é inaccesible á la codicia y á las invasiones de los demás pueblos, constituir, sobre bases sólidas é indestructibles, una gran nacionalidad.

Pero, elevado de su carácter guerrero, no contento aun con su suerte, solo pensó en extender sus conquistas y su dominación, á otras partes, y, por eso, pactando ligas con el Papa Julio II y el rey de Francia contra los venecianos; empeñándose en largas é interminables guerras con los franceses; combatiendo en Flandes y en los Países Bajos; y llevando el estruendo de sus armas á todas partes, consumió inútilmente el oro que de América recibía, vertió á torrentes la sangre de sus hijos, empobreció la patria, y, enervado por la guerra, consiguiendo solo glorias y grandezas falaces y transitorias, se durmió con los halagos de la opulencia para despertar con las necesidades del men-

digo y entrar en un período de decadencia que necesariamente había de ir acentuándose á pasos gigantes.

Y como el potentado y el poderoso no se avienen fácilmente con los reveses de la fortuna, el pueblo español, perdidas sucesivamente todas sus conquistas, quiso rehabilitarse esquilmando las Américas, y de aquí el que las Américas también se perdiesen á causa de nuestro carácter altivo y autoritario, de nuestra mala administración, de nuestra política desatentada y de nuestras concupiscencias.

¿Cómo, pues, no sentir profunda tristeza, amargura y pesadumbre indecibles al conmemorar el cuarto Centenario del descubrimiento de América y ver lo que de ella nos queda en la actualidad?

¿No hubiera sido mejor que, aleccionados por la experiencia y arrepentidos de nuestras faltas pasadas é irremediables ya, en vez de los festejos y regocijos públicos con que hoy celebra España tan fausto acontecimiento, lo hubiéramos celebrado dictando sabias leyes económicas que abriesen los mercados de América y nuestros productos y leyes políticas que hicieran imposible en lo sucesivo todo propósito de emancipación y todo pujo de independencia por parte del único pedazo de terreno que de América nos queda y que aun se conserva el amor patrio en la inmensa mayoría de sus habitantes?

¡Ah! Los españoles somos incorregibles, imprevisores é imprevisores y nunca pensamos en modificar nuestro carácter peculiar que nos lleva á los mayores deliquios.

LUIS DE FUENTES.

MARINA

¡Oh! cuán gratas impresiones producen en el alma los maravillosos encantos que ofrece el mar!

Cuando amanece el día entre brisas que semejan aleteo de querubines, murmullos quedos de celosos, amantes ruiseñores, y las lejanas brumas aparecen orladas de filigranas y matices indescriptibles, y el horizonte diáfano, á través del cual se adivina la imagen de Dios, luce esa transparencia incierta producida por los luminosos rayos del naciente Sol; todo sonríe con sonrisas celestiales; todo canta con música de ángeles y serafines.

Cantan y sonríen las blanquecinas gaviotas que surcan la inmensidad saludando al nuevo día. Sonríen y cantan los diminutos pececillos de plateada escama, siguiendo con vertiginoso movimiento del oleaje la ondulación. Cantan, también, y sonríen las palpitantes olas que, semejando latidos de agitados corazones, van á romperse en la orilla, una á una, produciendo quejidos extraños; notas, rumores y armonías de cantares ignorados, de entre los cuales parece surgir una voz misteriosa que repite sin cesar este nombre inmortal, venerando, casi eterno: Colón... Colón...

LUCIANO LABASTIDA.

En el constante ó eterno evolucionar del tiempo, de las cosas y de las humanidades, surge de cuando en cuando del seno de la Naturaleza, infinita variedad de especies y tipos nuevos que, con diversas formas y matices, vienen á embellecer la agreste superficie del planeta que habitamos; á cambiar el rumbo de las ciencias físico-naturales, ó alterar, en parte por lo menos, el estudio y la aplicación de antiguos sistemas y procedimientos.

Según la historia, en cada época hemos visto florecer esclarecidos genios que han llevado á cabo nobles y arriesgadas empresas; filósofos profundos que han echado raíces que germinaran por siglos y siglos y reformadores como Jesús que, aboliendo antiguas tradiciones y reformando la secular legislación Mosáica, sienta los cimientos de un nuevo código de moral, faro luminoso é inextinguible que difundió la luz de la verdad en la mente de las futuras generaciones, y que con el transcurso de las edades han de recoger el rico y abundantísimo fruto de su sublime doctrina, contribuyendo todas al desenvolvimiento progresivo de la humanidad en su perdurable labor de edificar, derribar y reconstruir.

El inmortal genovés, el intrépido y audaz navegante Cristóbal Colón que concibiera la idea de la existencia de un más allá á través de las hirvientes olas oceánicas, descubriendo un mundo, es un tipo de la especie humana elegido por Dios para el cumplimiento de sus fines providenciales, encaminados sin duda alguna al perfeccionamiento y bienestar de sus hijos, fundados en el estudio y en el trabajo perseverantes.

¿Qué mucho, pues, que los que amamos el progreso y nos interesamos por la prosperidad moral y material de los pueblos, nos aunemos y nos esfor-

cemos en ensalzar la ciencia, el genio del descubridor de las Américas, Cristóbal Colón?

SEVERO LAIN.

*
**

Hay mucho de providencial en los sucesos históricos. Cuando el Asia se adormece corrompida en los jardines maravillosos de Babilonia ó en los palacios de Jerusalén, surge la Grecia animosa y grande que despierta á la vida con los acentos épicos de Homero, para luego de cumplida su misión, morir ahogada entre las épicas hazañas de Alejandro y los rugidos terribles de Demóstenes, mientras más al centro de Europa, Roma se levanta poderosa y cumple su empeño conquistador y legislativo, como Grecia cumpliera sus fines artísticos y de cultura.

Y cuando el Imperio degrada á Roma y la corrupción se apodera de la tierra de los Catones y la decadencia mina el sólido de Augusto y el bizantinismo literario muere la memoria de Horacio y de Virgilio, entonces los bárbaros entran á sangre y fuego y las termas voluptuosas y los mármoles aterciopelados y los lechos de concubinas infames y los gabinetes testigos de crímenes mil, caen por tierra deshechos guardando entre sus escombros los secretos de la más grande decadencia que conocieron los siglos.

Pero á los Atilas y á los Teodoreos y los Wambas suceden los Witizas y los Rodrigos y como en los campos italianos feneciera la civilización de Honorio, en las corrientes del Guadalete muere la civilización de la monarquía goda por torpe y concupiscente y miserable y degenerada.

Y salta la Reconquista y á vuelta de disensiones pequeñas nace la libertad en las montañas pirenaicas y en los llanos de Castilla.

Y mientras la lucha dura, el hombre se cria fuerte, animoso, honrado, viril. Mas un día, allá en la vega encantadora de Granada, concluye la epopeya de la Reconquista con amenaza de que los guerreros dados á la existencia azarosa, se duermen en la holganza de la espada y engendren hijos débiles y holgazanes.

Y milagrosamente, al parecer, asoma Colón al rematarse la contienda de ocho siglos y marca con el viaje sobrenatural de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*, el camino de países vírgenes donde pueden emplearse, con fruto y aprovechamiento, energías y actividades.

Poco á poco América se forma, se constituye, se educa, se fortalece y cuando Europa decae en las vergüenzas del siglo XVIII, consumida por algo análogo, sin su grandeza paradisiaca, á las postrimerias del Imperio Romano, entonces de las comarcas americanas vienen efluvios de libertad, llegados á la tierra de Francia, siempre abonada para las grandes regeneraciones, y con las enseñanzas de la Enciclopedia y los impulsos importados por Lafayette de los Estados Unidos produce aquella revolución del 89, movimiento sublime, que al desarrollarse mueve convulsivamente los tronos europeos y que luego, fundido en la espada de Napoleón, se propaga, dejando semillas hermosísimas, desde las estepas frías de la Rusia, hasta las playas de Cádiz, que si rechaza al conquistador grosero le toma sin embargo los aromas de libertad que traía en sus banderas.

¡América bellísima! Te civilizó el pendón que Colón tomase por sus propias manos en los torreones de la Alhambra. No eres hija de Castilla, ni de Aragón, ni de Cataluña. Eres hija de España. El «Santiago y á ellos» y el *desperta ferro*, fueron las arras del matrimonio de Fernando é Isabel, y de tales arras surgió la bandera española que enseguida de domeñar al árabe, acudió á bañarse en las luces de tus cielos y en las brisas de tus mares aromatizadas con las fragancias de tus bosques.

¡América republicana! Acuérdate de que te dimos la vida culta y envía á diario, envueltas en las ondas movidas del Atlántico, inspiraciones de libertad y democracia á esta tu tierra madre que se ha quedado rezagada en el sendero del progreso!

LUIS MONTESTRUC.

EL LOCO...

Va de nación en nación mendigando protección de los reyes y señores, brindando á sus protectores con otro mundo, Colón.

¡Empresa disparatada!... idea descabellada la del nuevo mundo, exclaman; y loco ¡loco!... le llaman soltando la carcajada.

¡Qué sufrir! ¡cuánto luchar! cuántas veces va á humillar su altivez y su arrogancia ante la torpe ignorancia del poderoso vulgar.

Todos dudan de Colón y con estilo burlón, sarcástico y chavacano le habla el rey y el cortesano, el clérigo y el bufón.

Pobre, solo, escarnecido, desdeñado y ofendido, busca amparo en tierra extraña y al fin, encuentra en España el apoyo apetecido.

Viene á mitigar su pena la fe y confianza plena

que depositan en él la reina D.^a Isabel y el sabio Padre Marchena. Con tan buenos auxiliares rompe al fin los valladares que se oponen á su intento, y surge el descubrimiento surcando los anchos mares. El loco... tiene razón, y el magnate y el bufón truecan su risa burlesca, en mueca triste y grotesca ante Cristóbal Colón.

ALFREDO GÓMEZ PÉREZ.

¡GLORIA A COLÓN!

Seguir paso á paso á Colón en su Calvario, yendo y viniendo de la Corte al monasterio de la Rábida, en demanda de protección de los reyes y señores para surcar la mar *Tenebrosa* en busca de un mundo nuevo adivinado por su alma inspirada; acompañarle en sus vicisitudes, alentado por la esperanza, ó desanimado por el desengaño, contemplando aquel enjambre de necios presuntuosos que, unos por ignorancia, otros por envidia, algunos por temor y muchos por vanidad se oponían á su empresa, llamándolo loco, temerario y ambicioso; peregrinar con él, luchando con la desigualdad de clase, la condición de extranjero, la carencia de recursos y la ignorancia supersticiosa de las gentes, es sentir en el alma honda pena, al ver aquel hombre, noble y honrado, digno y santo, ofendido en su miseria, ignorada su ciencia, desconocidos sus generosos sentimientos, y odiado su nombre, cuando brindaba á España con un mundo que había de proporcionarle inmensas riquezas, días de prosperidad y grandeza, y la gloria de ser madre de un pueblo ignorado donde había de llevar su lenguaje, costumbres y cultura. Y ante estos recuerdos surge otro tristísimo que trae á la memoria los nombres desdichados de aquellos que dando oídos á la pasión, dificultaron la empresa de Colón haciéndole apurar hasta el fin el cáliz de amargura; mientras se presenta á nuestra vista el noble genovés, sufriendo con resignación y paciencia su desgracia, sin que por un momento la esperanza huyera de su alma, casi tan grande como por haber descubierto un mundo.

Por lo contrario, cuán hermoso es seguir á Colón encontrando generosa hospitalidad en la Rábida, comprendido y admirado por el sabio Fr. Juan Pérez de Marchena; verle satisfecho y gozoso al lado del hospitalario monje, que aprovechando su valimiento en la Corte le recomienda á la reina Isabel, marchar luego á pedir protección de la realeza dejando á su pequeño hijo al amparo cuidadoso y solícito del buen franciscano; seguirle á la Corte y contemplarlo majestuoso y altivo, con la superioridad del sabio y la altivez digna y severa del caballero, presentarse ante los reyes y magnates, teólogos y literatos, legistas y hombres de ciencia, sin que jamás se humillara su noble frente, ante las arrogancias ó insultos, la vanidad ó el orgullo de sus detractores.

Qué satisfacción y alegría al mirar á Colón vencedor de todos los obstáculos y contrariedades, rotos los diques y valladares que á su intento se oponían, regresar desde cerca de Córdoba, y sonriente y dichoso al fin de su camino, dar las gracias á Isabel, que influida por D. Luis de Santangel, contador de Aragón y Fr. Juan Pérez, se hallaba dispuesta á todo género de sacrificios para que Colón pudiera llevar á feliz término sus planes, incluso enagenar ó vender sus alhajas.

Y más tarde, qué emociones tan hermosas y qué ideas tan variadas como bellas recrean el alma, fijando la vista en el pequeño puerto de Palos al amanecer del día 3 de Agosto, donde reina extraño silencio solo interrumpido por el ruido de las olas al agitarse llegando rizadas hasta las rocas, para allí deshacerse en montañas de espuma, ó el bramido hondo y lejano de la mar *Tenebrosa*, con rumores de muerte ó acentos de gloria; las luces del día reflejadas en las aguas simbolizando esperanzas risueñas y alegres; y las aves acuáticas que en sus cánticos entonan loor y alabanza al valeroso marino, cercando gozosas las carabelas *Niña*, *Pinta* y *Santa María*, con sus alas dispuestas á surcar ignorados

mares. En la playa se escuchan suspiros, sollozos, gemidos y rumores de besos de los habitantes de Palos que se despiden de sus hijos, de sus padres ó de sus amigos con presentimiento tristísimo de no verlos más; y Colón en una lancha recibe la bendición de los monjes de la Rábida, abraza á su protector y á su hijo, embarcando en la capitana y dando la orden de marcha en nombre de Jesucristo, mientras en la playa se agitan al aire mil y mil pañuelos y entre las gentes unos juran y maldicen á Colón por su temerario intento y otros le bendicen.

Desde el día 3 de Agosto hasta la mañana del 12 de Octubre, fecha imperecedera del descubrimiento de América, solo un hombre como Colón, templada su alma en el infortunio, animado por la confianza de sí mismo y la seguridad de su empresa, con una voluntad de hierro, una superioridad incomensurable sobre sus acompañantes y un valor rayano en el heroísmo, podía vencer tantos obstáculos y contrariedades como sufriera en la travesía, y dominar el temible conflicto provocado por la impaciencia y desesperación de los expedicionarios que, al tardar tanto tiempo en ver tierra y perdida toda esperanza, se sublevaron contra su comandante, salvado de una muerte cierta, si al pedir un breve plazo para seguir avanzando, al amanecer del día 12 de Octubre de 1492, no se hubiera dejado oír el grito de ¡Tierra!

A través de cuatrocientos años, adquiere hoy inmensa magnitud, la obra gigantesca realizada por el genio del inmortal genovés.

Cuatro siglos han sido necesarios para que España tribute un recuerdo al hombre más grande entre los grandes, más sabio entre los sabios de su época, nunca bastante admirado ni bien comprendido, y cuya colosal figura se agranda de día en día, sin que la historia recuerde otro nombre tan glorioso como el suyo, á excepción de Jesús, porque sabios ha podido haber muchos, pero inventores de un mundo, no hay más que Colón.

Nunca España honrará cual se merece la memoria de su hijo adoptivo.

Un extranjero llegado á nuestros patrios lares por azares del destino ó designios de la Providencia; náufrago salvado por una débil tabla y arrojado á nuestras playas por las olas, sin duda son instrumentos inconscientes de sublime obra, como si la mano de Dios con su misteriosa intervención hubiera colocado la tabla de refugio al alcance de Colón é impulsado las olas hacia tierra.

Si el pueblo hebreo fué el designado por Dios para ser el depositario de la verdad, parece ser el pueblo español el elegido por la voluntad Suprema para prestar los medios con que Colón realizó su pensamiento inspirado por una chispa del geino divino.

No es posible de otra suerte concebir tamaña empresa, contraria al pensar de los hombres más doctos, tenida por temeraria é irrelizable y considerada más fácilmente hija de una inteligencia perturbada que de un espíritu sano.

Al entonar hoy España un himno de gloria en honor de Colón, entona un himno de gracias al Creador.

¡América! Testimonio fehaciente del progreso humano, continente que recibiste la luz intelectual de España tu madre, rezagada hoy en la senda de la civilización mientras sus hijas caminan en la avanzada. Colón y España han sido tus redentores. No olvides á España ya que hoy rindes cariñoso tributo á Cristóbal Colón!

Aragón que puso á disposición del intrépido marino su dinero y su concurso entusiasta, aunque relegado al olvido de los historiadores al tratar de la intervención que tuvo en el descubrimiento de América, por descuido ó por pasión, no podemos olvidar nunca nosotros los aragoneses á la tierra en donde nacimos, mucho menos en este día memorable en que el nombre de Colón va ligado íntimamente á Aragón con D. Fernando, como América y Aragón van unidos por ideas comunes de libertad y progreso.

NICOLÁS FERRER.

Huesca.—Imprenta de la V.^a é hijos de Castanera.